

LA ESCRITURA

Lección 4: Tipología textual II: Los textos expositivos-explicativos

Objetivo general

Analizar la definición, características, usos, formas de construcción, procesos y fines prácticos de la tipología textual expositiva-explicativa, de tal manera que el estudiante enriquezca su bagaje académico que le permita responder a las diferentes demandas textuales que se dan en la clase con base en los lineamientos e instrucciones del docente.

Evidencias		
Conocimiento (Saber)	Desempeño (Hacer)	Producto (Resultado)
<p>El estudiante es capaz de seguir instrucciones académicas; así mismo, puede diferenciar las intencionalidades de los textos expositivos-informativos (y los compara con las categorías discursivas ya vistas). Además, identifica las características, las habilidades, los procesos y las estructuras diferenciales de textos académicos como el informe de lectura, las relatorías, las reseñas y los protocolos.</p>	<p>El estudiante, con base en unas instrucciones previas, organiza sus intencionalidades y la estructura de su escrito, de tal manera que es capaz de dar cuenta de su proceso de comprensión y análisis comparativo de dos textos relacionados con la misma temática.</p>	<p>El estudiante realiza un escrito expositivo-explicativo (producto de unos lineamientos formulados a partir de la comprensión e interpretación de unas lecturas previas), que visibiliza específicamente en uno de los textos informativos más empleados en la academia: el informe de lectura.</p>





LOS TEXTOS EXPOSITIVOS-EXPLICATIVOS²⁸

Incluyen todos aquellos escritos en los cuales el propósito central es informar, describir o explicar algo de manera lógica, clara y ordenada. Cumplen una función *referencial* porque aluden en forma directa a una realidad o a un tema. Al igual que en los textos narrativos y descriptivos, la función lingüística predominante en los textos expositivos es la *representativa*, es decir, el dar cuenta de una realidad. Para estructurar la información que presentan, emplean una serie de técnicas y de operaciones intelectuales: definición, clasificación, análisis, síntesis, cuantificación, relaciones de causa-efecto, etc. Estos escritos están vinculados con la difusión del conocimiento en los campos de la ciencia, la tecnología o el arte. Hacen parte de ellos los textos científicos, las obras de divulgación, los manuales y muchos artículos periodísticos. Su principal característica es la objetividad.

La mayoría de los textos expositivos están organizados de acuerdo con las siguientes *categorías* (superestructura): presentación del tema, desarrollo y conclusión.

Como lo advierte Fernando Lázaro Carreter, director de la *Real Academia Española*, los escritos expositivos son de vital importancia en el ámbito académico —al fin y al cabo, la exposición es la modalidad a la que más se recurre en la educación universitaria: evaluaciones, notas de clase, informes de laboratorio, monografías, trabajos escritos, informes de lectura, diarios de campo, informes de películas—. Por esta razón, es importante hacer un énfasis especial en su forma y en su configuración.

La descripción *técnica*²⁹, los ejemplos y el resumen son procedimientos empleados con frecuencia en la construcción de textos expositivos.

En el plano textual, los escritos expositivos tienen las siguientes características:

- Procedimientos tipográficos: numeraciones, títulos, subrayados, etc.
- Ausencia de elementos de carácter deíctico, que ligan el texto con el contexto comunicativo (*hoy, ayer, acá, allí...*).
- Abundan las referencias anafóricas, que remiten a elementos o conceptos mencionados en el texto.
- Se relacionan con otros textos mediante citas directas o indirectas.
- Ordenadores discursivos y conectores textuales de tipo lógico y que ponen de manifiesto la organización interna de la información del texto (te recomendamos que retomes los conectores vistos en el módulo de escritura de la primera unidad).
- Hay uso de ejemplos, datos, cifras y demás recursos que le sirven al expositor-escritor para “aterrizar” y ampliar sus ideas. Recordemos que el rol principal que se cumple en esta tipología textual es el del docente que explica y aclara sus conceptos e ideas.

²⁸ Las ideas del presente módulo fueron tomadas de la página de internet: <http://docencia.udea.edu.co/comunicaciones/bajopalabra/capitulos/Unidad14LaEscritura3.PDF> (Lo utilizamos con fines exclusivamente educativos).

²⁹ Para diferenciarla de la literaria. Es un mecanismo insustituible en muchos escritos expositivos; en especial, es muy adecuada para los de las ciencias naturales, físicas y experimentales y para los de medicina.

Uno de los textos característicos de los escritos informativos (explicativo-expositivos) en el ámbito académico es el informe de lectura. Otros, como la relatoría, la reseña y el protocolo los definiremos y ampliaremos con sus respectivos ejemplos al final del presente mediador, en los ANEXOS. Por lo pronto, veamos en detalle lo que es un informe de lectura:

EL INFORME DE LECTURA

El informe de lectura es un texto escrito en prosa que tiene como propósito fundamental suministrar a un lector o a unos lectores una determinada información sobre otro texto escrito. En el medio académico por lo general ese lector es el profesor, quien es el *solicitante* del informe.

De acuerdo con los objetivos que se pretendan alcanzar y el grado de exigencia, un informe de lectura puede exponer, describir, explicar, analizar, interpretar o argumentar³⁰. En los cuatro primeros casos, predomina en el informe la estructura enunciativa; en los dos últimos, predomina la estructura argumentativa.

Así pues, el contenido de un *informe de lectura* es la respuesta a unos interrogantes o a unos requerimientos previos planteados cuidadosamente por el solicitante: *ningún informe de lectura se elabora sin unas exigencias o unos propósitos expresados de antemano*. De hecho, este factor es el que diferencia explícitamente un informe de lectura de otro tipo de productos académicos, como el resumen. Por eso es DE vital importancia que los docentes, al adjudicar este tipo de trabajos (válido también para los informes que los profesores solicitan de películas o de conferencias) den puntualmente algunos lineamientos básicos, porque de lo contrario, el estudiante perfectamente puede confundir este tipo de trabajo con un resumen llano.

El informe de lectura es una modalidad de trabajo académico que, practicada con seriedad y aplicación, le permite a un estudiante ampliar sus conocimientos, recoger información, estructurar su pensamiento, forjarse un criterio propio y, adicionalmente, prepararse para abordar otras formas de escritura más complejas —como la *monografía*, el *trabajo de grado* y el *ensayo*—. Al docente, le permite evaluar las capacidades de los estudiantes para dar cuenta de unos compromisos establecidos y para seguir instrucciones, uno de los problemas que más afecta las relaciones de enseñanza-aprendizaje hoy, queja reiterativa sobre todo por parte de los profesores.

Aunque no existen unos parámetros obligatorios ni fijos para estructurar un informe de lectura (puesto que ellos dependen también del tipo de informe de lectura), sí queremos sugerir unas pautas:

1. Referencia bibliográfica del Texto Base (TB).
2. Breve semblanza intelectual del autor del TB (en la medida de lo posible).
3. Ubicación del TB dentro de la producción intelectual de su autor, y dentro de su contexto histórico y sociocultural (intratextualidad).

³⁰ De ahí que se hable de informes de lectura expositivos, descriptivos, explicativos, analíticos, interpretativos y argumentativos. Estos dos últimos se identifican con el *comentario de texto*.



4. Descripción del plan desarrollado por el TB.
5. Exposición de la tesis o el argumento desarrollado en el TB.
6. Ubicación del asunto del TB en relación con otros autores o con otras obras (extratextualidad).
7. Posición personal del informante ante los planteamientos del TB.
8. Citas y opiniones que existen sobre el autor y sobre el tema del TB.
9. Bibliografía consultada y consultable.

Recomendaciones para su elaboración:

1. Realizar una lectura comprensiva del TB.
2. Identificar la macroestructura semántica del TB.
3. Ampliar la información sobre el TB, sobre su autor y sobre su contexto histórico y socio-cultural.
4. Reconocer los propósitos o las exigencias para la elaboración del informe.
5. Desarrollar de manera clara y coherente los argumentos críticos o valorativos sobre el TB.
6. Redactar borradores (proceso de escritura).
7. Narrar en tercera persona.
8. Escribir en prosa; esto es, dividir la intención por párrafos con sentido (no es responder secamente unos interrogantes, ni tampoco sumar frases a partir de los raciocinios que éstos susciten).
9. Comenzar el informe con un párrafo de introducción, y terminarlo con uno de conclusión.

Desempeño: Punto de referencia (a modo de ejemplo)



Lectura inicial



LECTURA UNO: LO IMPORTANTE DEL LENGUAJE PARA SABER ESCUCHAR³¹

Saber escuchar constituye la habilidad más importante que se requiere en el mundo de la comunicación para alcanzar el éxito en la vida profesional y personal. De ella se obtienen tanto un mejor nivel de productividad, comprensión y eficacia en general como un rendimiento superior en el trabajo. Además, ayuda a reducir la pérdida de tiempo y de materiales.

Todos pensamos que escuchar es importante, pero, ¿cuántos de nosotros lo hacemos bien? Me permito informar que sería raro encontrar uno entre cien altos ejecutivos que fuese, de verdad, un buen oyente. Mucha gente centra su atención en lo que va a decir después de que termine de hablar otra persona. Ni siquiera intentan comprobar lo que creen haber oído, y mucho menos reconocer el tono o los matices emotivos. Se trata de errores fundamentales a la hora de emplear esta habilidad

³¹ Robertson, Arthur. 1990. En: "Temas Gerenciales Escogidos: Saber escuchar". Pp. 10-12.

básica. Con independencia de los estudios que haya cursado o de su experiencia, usted debe aprender a escuchar.

Pero, ¿cuánto tiempo ha dedicado usted a entrenarse en el arte de escuchar? ¿Ha asistido a algún curso sobre este tema? ¿En alguna ocasión ha puesto a prueba su capacidad para escuchar? ¿Ha hablado con alguien sobre la forma de escuchar mejor para obtener mayor comprensión y ser más respetuoso hacia sus interlocutores? Probablemente, no. Esta habilidad tan básica suele fallar inclusive en personas de enorme talento si no son buenos oyentes.

¡No quiero oírlo!

Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados —San Pablo.

No a todo el mundo le resulta fácil hacer aflorar su capacidad para escuchar de forma natural. A menudo, incluso a las personas con las que tenemos un trato más personal no les parece necesario escucharnos con atención. Normalmente, todos nos esforzamos sólo con aquello que nos parece crucial. Si se nos presenta la opción de escuchar o no y no nos parece demasiado grande el riesgo de que se nos pase por alto algo importante, la tendencia más normal es desconectar lo antes posible.

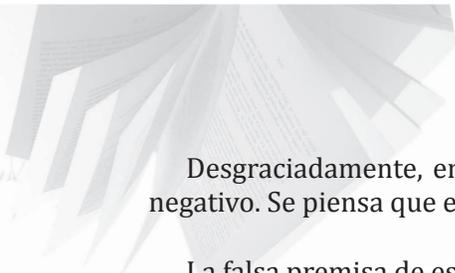
Esta clase de resistencia a escuchar se deriva del subconsciente. Las excusas que solemos darnos a nosotros mismos son que estamos muy ocupados, o que pensamos que el valor potencial de la información que podamos recibir no es demasiado elevado o no merece el tiempo que podamos perder en asimilarlo.

Nuestra actitud es: “Otra cosa en que concentrarse, con todo lo que tengo en la cabeza. ¡No quiero oírlo!”.

Sí, en los días febriles en los que vivimos, ser un buen interlocutor requiere un duro esfuerzo. Nos llega una cantidad enorme de información. Somos el blanco de muchos más mensajes de los que cualquier sociedad en la historia de la humanidad haya podido recibir. Nuestra reacción natural ante este bombardeo es intentar en la medida de lo posible poner filtros (si no barreras) a la información. Acostumbramos a lamentarnos de la sobrecarga personal a la que estamos sometidos. Y la verdad es que cuantas más cosas requieren nuestra atención, menos capaces somos de concentrarnos en lo que ya tenemos en la cabeza. Una respuesta lógica y comprensible es crear mecanismos de defensa.

Así es como se presenta la cuestión desde una perspectiva puramente personal. Pero si analizamos el problema desde un ángulo diferente, descubriremos una luz de esperanza. Hay que hacer oídos sordos arbitrariamente —sobre todo en nuestro propio provecho— empleando el lenguaje de saber escuchar para crear y desarrollar fácilmente técnicas de discernimiento. Con ello, ahorraremos nuestro precioso tiempo al no atender a cosas que no nos servirán ni ahora ni nunca, a la vez que nos aseguraremos de no pasar por alto los mensajes que nos puedan afectar para siempre.





Desgraciadamente, en algunos círculos la idea de ser un buen oyente se considera un estigma negativo. Se piensa que es un rasgo pasivo, que no se ajusta a nuestro mundo de frenética actividad.

La falsa premisa de este tipo de actitud es la idea de que la comunicación tiene lugar solamente, o principalmente, a través del habla. Incluso muchos de nosotros creemos perder el control cuando no hablamos, y consideramos que escuchar equivale a no dominar la situación. Y, sin embargo, hablar demasiado puede confundir. Las personas que hablan mucho no deben presuponer que están siendo escuchadas. Tal vez “controlen” menos de lo que les parece.

Por otra parte, conviene no dar por sentado que ser una persona tranquila te convierte en un buen interlocutor de una manera automática. Saber escuchar de una forma activa consiste en algo más que mantenerse sereno. No se puede hablar y escuchar al mismo tiempo. Pero, de igual modo, el silencio no es una garantía de que se está asimilando el mensaje del otro.

Nuestra sociedad ha ignorado virtualmente durante muchos años la necesidad de aprender a escuchar. La explosión de comunicaciones de nuestra era no ha puesto apenas atención en el desarrollo de técnicas para escuchar, y muchas de nuestras desgracias se pueden atribuir hoy en día a este descuido. Debemos a los demás ser buenos oyentes. Ésta es la base de una buena relación de respeto y comprensión mutua. Sin embargo, el saber escuchar tiene para la mayoría de nosotros una prioridad secundaria. Incluso personas inteligentes caricaturizan esta actitud de escuchar al considerarla como un gesto pasivo. Como resultado, nos perdemos sus ventajas.

Una famosa película de hace unos años reconocía el problema lanzando al aire estas palabras: “Ya nadie escucha a nadie”.

Afortunadamente, nunca es tarde para empezar a aprender a escuchar de una forma adecuada. Para adquirir las técnicas, sólo necesita concentración y perseverancia. Los resultados pueden suponerle una revolución en su comunicación con los demás: en casa, en el trabajo, en cualquier lugar donde exista una interacción verbal.

El punto de partida para aprender esta técnica es darse cuenta de que existe comunicación mientras se escucha. En realidad, como oyente puede ser capaz de comunicarse mejor que los que están hablando. Si es necesario, repítase este principio mentalmente y en voz alta. Lo importante no es lo que se dice sino lo que se comunica. Un mensaje no recibido es un mensaje desperdiciado. A medida que se exponga la técnica del Lenguaje para Saber Escuchar se le presentarán opciones en las que nunca había reparado y cuya existencia ignoraba.

En el Lenguaje para Saber Escuchar, utilizará todo el cuerpo. Comenzará con el oído, pero todo se movilizará en usted. Sonreír y asentir no son sino el comienzo de la técnica. Acepte seriamente el reto y permitirá que todo su ser se implique en el proceso de la comunicación. No piense en sí mismo como una esponja indefensa a merced del hablante, sino como una masa de energía emitiendo rayos que absorben los mensajes en infinidad de formas sutiles para estimular, informar, enseñar, convencer, animar y lanzar desafíos. Piense en usted como un elemento a favor de quien está en uso de la palabra para producir un enriquecimiento *mutuo*. Y así se dará cuenta de que el poder inherente al “mero” escuchar es en realidad una auténtica fuerza transformadora.

No cabe duda de que escuchar se considera a veces como una amenaza. Para la mayoría de nosotros, la tolerancia y la flexibilidad tienen sus límites; nos reservamos aspectos de trascendencia vital para nuestra vida que no queremos exponer a ningún tipo de cambio. Estamos en nuestro derecho.

Este tipo de preocupación adquiere especial importancia en el caso de sociedades enteras que se consideran enemigas. No importa. El quid de la cuestión es que incluso en las entrevistas más hostiles se nos presenta la opción de simplemente hacer ruido o de aprovechar la ocasión y tener la inteligencia de escuchar para aprender algo. Ninguna situación es tan negativa como para que no podamos recoger de ella algo de valor y extraer un beneficio personal. Tal vez no sea tan gratificante en el momento como lanzar un insulto, pero a largo plazo es más práctico.

Sorprendentemente, el Lenguaje para Saber Escuchar tiene poco que ver con el sonido real que llega a nuestros oídos. En la práctica, no podemos taparnos los oídos físicamente a no ser que recurramos a algún extraño sistema. Salvo excepciones, como son los deportistas que llevan taponos para no oír los silbidos de la multitud, descartaremos estas medidas. Suprimir el mensaje en la mente es el mecanismo preferido para hacer caso omiso de los sonidos no deseados.

Puesto que escuchar depende en gran manera de los oídos, será muy conveniente apreciar la sorprendente complejidad de estos órganos tan pequeños, una auténtica maravilla de la miniaturización. Estudiar su funcionamiento constituye una de las aventuras científicas y anatómica más interesantes que se puedan imaginar.

¡Pensar que es uno de los pocos órganos humanos de los que hay más de uno! Esto, junto con el hecho de tener una sola boca, es lo que ha llevado a muchos a observar que deberíamos escuchar el doble de lo que hablamos.

Por demasiado evidente, a veces olvidamos la conexión existente entre oír y escuchar. Excepto en los casos en los que existe un defecto en el oído, para escuchar debemos basarnos en este sentido de la percepción. Muchas veces, se puede achacar la falta de comprensión al hecho de que el sonido no llegue tal como se pretende a su destino. Las distracciones pueden ser o no ser la causa. Si no oye claramente lo que le dicen, adopte las medidas necesarias para corregir o compensar la situación.

Otro elemento básico que usted debe omitir es que tal vez su disponibilidad para escuchar no sea suficiente como para convertirle en un buen interlocutor en todos los casos. Deberá guardar difíciles momentos de silencio si con ello ayuda al que habla. Se dará cuenta de que la paciencia es un ingrediente clave en el Lenguaje para Saber Escuchar.



LECTURA DOS: DIEZ REGLAS DEL ARTE DE ESCUCHAR³²

1. Escucha ideas, no datos

Los buenos historiadores desdeñan los libros de historia que sólo acumulan datos —nombres de reyes, fechas de batallas— sin integrarlos en un marco inteligible.

No caigas en ese defecto al escuchar. No seas un mero recolector de datos. Escucha las ideas. Las ideas son el marco de toda conversación. Las ideas acaso no sean fáciles de encontrar, pero están ahí. Los datos se mencionan únicamente para probar la validez de las ideas. Al escuchar, pregúntate a ti mismo: “¿Por qué me da ese dato?” “¿A dónde lleva?” “De ser cierto, ¿qué demuestra?” “Y si de hecho demuestra una idea, ¿a dónde lleva esa idea?” **Escucha ideas, no datos.**

2. Evalúa el contenido, no la forma

“Pigmalión”, de George Bernard Shaw, es una de las grandes obras teatrales del pasado siglo. Tanto en su forma original como en la versión musical, “My Fair Lady”, constituyó un éxito artístico y económico.

El profesor Henry Higgins, uno de los personajes principales de la obra, es capaz de descubrir el lugar de nacimiento, el estatus social, la ocupación y muchos otros datos de cualquier persona con sólo oírle pronunciar una frase. Sin embargo, aunque presta atención a cómo le hablan, por lo general se olvida de oír lo que le dicen. Eliza Doolittle le explica una y otra vez que quiere ser aceptada como ser humano, con sus sentimientos y emociones. Higgins, sin embargo, nunca oye el contenido de su mensaje, y, a causa de este descuido, es despreciado para siempre.

Esta historia nos sirve para subrayar una cuestión importante: la esencia de todo mensaje es el contenido; la forma es secundaria. Al escuchar debemos acostumbrarnos a buscar y centrarnos en el contenido.

Se puede hablar con encanto y estilo, agradablemente, sin decir realmente nada. Se puede hablar con aire de autoridad y estar totalmente confundido. Se puede hablar toscamente y decir cosas importantes. ¡Supera los prejuicios y escucha! Quizás te alegres de haberte tomado esa molestia.

Escucha atentamente lo que dice la gente; fíjate en sus palabras, no en su forma de expresarse.

3. Toma notas

El que sabe escuchar sabe también ser flexible. Sabe que el principio básico del arte de escuchar estriba en el reconocimiento de que cada persona es única y hay que escucharla de un modo particular. Con ciertas personas es necesario tomar muchas notas. Con otras, bastan unas pocas. El estilo de las notas debe reflejar el estilo del que habla, ¡no el del que escucha!

Intenta captar tan pronto como sea posible la forma en que el que habla organiza sus ideas, y adapta tus notas a ese estilo formal.

³² La información contenida en este artículo se basa en material elaborado por el Dr. Lyman K. Steil, presidente de la División de Comunicación Oral, Departamento de Retórica, de la Universidad de Minnesota.

En ocasiones, se pueden resumir largos párrafos en una simple frase. Los ejemplos no es necesario recordarlos; su función es ayudar a comprender la idea.

En ocasiones, los datos y los detalles son esenciales: constituyen la esencia de la cuestión. En ese caso, habrá que anotarlos. Cuando el jefe está dando instrucciones o un cliente especificaciones acerca del trabajo que has de hacer, los detalles constituyen el mensaje. Lo mismo se puede decir en el caso de las personas que hablan en público.

Algunos oradores son muy densos: la mayor parte de lo que dicen es importante. Otros necesitan mucho tiempo para exponer cada punto. Algunos hacen un exordio largo y lento pero, cuando entran en materia, dicen mucho en poco tiempo.

Fíjate en el estilo propio de cada uno.

Y fíjate, tanto como en sus palabras, en su actitud. ¿Está diciendo algo con intención de hacer gracia? Entonces probablemente se trata de un ejemplo. ¿Puedes decir por su actitud que se trata de un chiste? ¿O que está diciendo algo verdaderamente importante para él? Estas constituyen señales para el que escucha, para el que toma notas. Estate atento a ellas.

Cuanto mejores sean las notas, tanto mejor habrás escuchado. ***Toma nota: tomando nota se aprende a escuchar.***

4. Concéntrate

El que sabe escuchar evita las distracciones, ya suprimiéndolas, ya resistiéndose al impulso a dejarse llevar por ellas cuando no es posible suprimirlas del todo. El que escucha mal se distrae con facilidad. En verdad, el que escucha mal parece a veces que incluso provoca las distracciones.

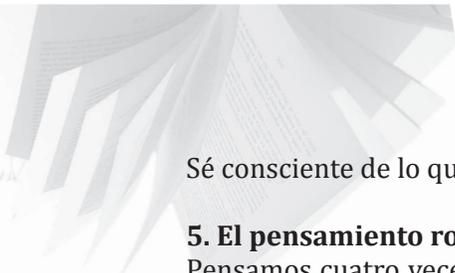
Concentrarse tampoco consiste en estar rígido, las mandíbulas prietas, la mirada febril, los nudillos blancos de tensión. Con ese falso género de concentración no se puede hacer nada, ni devolver una pelota en el tenis, ni aprender a bailar, ni disfrutar de una conferencia.

La verdadera concentración es atención, pero atención distendida. Es tener la mente abierta e interesada. Es llegar pronto a la reunión (o a la conferencia, película, obra teatral o discurso) para conseguir un asiento desde donde puedas oír bien, donde los motivos de distracción queden a tus espaldas, no entre tú y el orador.

No esperes a que el que habla capte tu atención; céntrate en él. Pon en él tu mente y tu atención. Busca la esencia de lo que dice. Y, cuando la encuentres, no dejes de atender: puede haber más.

Escucha igual que quisieras que los demás te escucharan a ti; de ese modo, el que habla y tú lograréis la máxima comunicación. La concentración es algo que se nota, y el que habla se dará cuenta enseguida.





Sé consciente de lo que te impide concentrarte, y lucha contra ello.

5. El pensamiento rompe la barrera del sonido

Pensamos cuatro veces más rápido de lo que hablamos. Eso significa que tu pensamiento puede adelantarse al que te está hablando y que después, cuando trates de volver al hilo del discurso, te resultará casi imposible hacerlo. Aun cuando él se exprese con lentitud, te habrá dejado atrás. Intentas entonces adivinar qué ha dicho y qué va a decir..., cayendo así en el fantaseo.

El que sabe escuchar aprovecha la diferencia de velocidad entre el pensamiento y la palabra, empleando el tiempo sobrante en reunir las ideas, interpretar la elección de términos, evaluar la fuerza y la lógica de los argumentos del que habla y responder con gestos de la cara o movimientos corporales.

El que sabe escuchar se pregunta si tal cosa constituye realmente un dato importante, cómo casa tal afirmación con tal otra, si tal manifestación coincide con su propia experiencia...

Aprovecha de modo productivo la diferencia de velocidad entre el pensamiento y la palabra hablada.

6. Escucha activamente

Sigmund Freud fue una de las personas que más profundamente han escuchado a los demás. De hecho, todo el psicoanálisis se basa en escuchar a las personas.

Freud comprendió el valor curativo que tiene el hablar con alguien que nos escuche y nos comprenda. Sabía también que eligiendo las palabras, la forma de hablar (y de no hablar), los movimientos de las manos y las expresiones faciales, revelamos lo más profundo de nuestros pensamientos y sentimientos. Freud aprendió por sí mismo a prestar la máxima atención a todos estos detalles: quienes le vieron trabajar recordaban más tarde que se mostraba extraordinariamente atento, alerta y *vivo* mientras escuchaba.

Escuchar bien es escuchar activamente. Es hacer saber al interlocutor que lo estamos escuchando. Es repetir con palabras nuestras lo que ha dicho, de modo que pueda comprobar si le hemos entendido bien. Es preguntar cuando no hemos comprendido algo y asentir con la cabeza cuando hemos comprendido. Es pensar en las consecuencias de lo que dice nuestro interlocutor y plantear preguntas que se lo hagan ver. Esto da al que habla la oportunidad de rectificar malentendidos y llenar huecos, de modo que el mensaje quede claro.

Escuchar es una labor ardua, pero fructífera. Escucha activamente.

7. Escucha con optimismo

Aunque un tema parezca muy aburrido a primera vista, existen cientos de personas, acaso miles, que han hecho de él el centro de su vida. Al principio quizá parezca aburrido, oscuro, lleno de por menores; pero, si te esfuerzas por interesarte en él, quizá quedes sorprendido al ver el provecho que puedes sacar.

Todos hemos tenido la experiencia de, tras haber sentido antipatía por una persona en un primer momento, verla convertida después en un amigo íntimo y preciado. Lo mismo sucede con ciertos temas: al principio nos resultan aburridos y luego pasan a ser nuestros favoritos.

Ahora bien, ¿por qué perder el tiempo esperando que una persona o un tema nos atraigan? Existe un medio más adecuado: hacer un esfuerzo consciente para interesarnos desde el principio.

Si nos enfrentamos a las materias nuevas con actitud optimista, podemos encontrarnos con que sucede algo apasionante. El nuevo tema será fácil de asimilar, interesante y, quién sabe, quizás llegemos a enamorarnos de él y a transmitir nuestro conocimiento a otros

Escucha con optimismo.

8. No saltes a las conclusiones

A veces, empezamos a oír hablar a una persona e inmediatamente nos imaginamos que podemos completar el resto, que sabemos lo que va a decir a continuación, de modo que dejamos de escuchar.

Luego, estamos convencidos de que esa persona ha dicho realmente lo que pensábamos que iba a decir. No obstante, dice que le hemos entendido mal, y seguro que tiene razón.

Saltar a las conclusiones es un fallo común. Al suponer que sabemos lo que viene a continuación, podemos perjudicar seriamente la comprensión de lo que realmente no está diciendo nuestro interlocutor en ese preciso momento. Y a partir de ahí, todo va de cabeza, perdemos el hilo de la conversación y nos hundimos, sin esperanza de salvación, en las arenas movedizas de nuestra mente. ***Espera. Sigue a la escucha. Atiende. Limpia tu mente de ideas propias y escucha las del otro. No saltes a las conclusiones.***

9. Mantén la mente abierta... contén los sentimientos

Ten cuidado con las palabras que tienen carga emotiva, palabras que ponen en movimiento pensamientos, sentimientos y recuerdos. Para el que escucha mal, que se distrae fácilmente con cualquier cosa, la lista de palabras de este género es prácticamente infinita. El que escucha mal parece estar a la espera de la palabra errónea para perder el hilo de la conversación o distraerse del tema central de la misma.

Hay palabras de este estilo que no se pueden ignorar, pero siempre se puede reducir el peligro al mínimo. Recuerda qué palabras provocan en ti sentimientos. Luego, cuando oigas alguna de ellas en una conversación o en un discurso, toma nota simplemente de su presencia y sigue adelante, centrando la atención en las ideas esenciales. De esta manera podrás contrarrestar el potencial efecto perturbador de esas palabras.

Mantén la mente abierta... contén los sentimientos.

10. Ejercita la mente

Todos sabemos que, en el caso del trabajo físico, sólo mediante el esfuerzo puede uno crecer, fortalecerse, aumentar su capacidad y mejorar sus logros. Lo mismo se puede decir del trabajo mental: sólo manejando temas difíciles ganamos confianza en nuestras facultades mentales y las desarrollamos.



Si, cuando se plantea una cuestión compleja, lo que haces es “desconectar”, perderás una gran oportunidad de aprender, de descubrir, de ampliar tus horizontes. Todos hemos tenido la experiencia de cómo, una vez que hemos dominado un campo de conocimientos y nos hemos familiarizado con él, nos ha servido para comprender otros campos más complejos. Se trata de un sentimiento embriagador, uno de los goces del aprender. Sentimiento que sólo se puede vivir sí al escuchar acogemos con ilusión y recibimos no con temor la información compleja que nos llega.

No hay diferencia entre el nivel de inteligencia del que escucha bien y el del que escucha mal. Pero éste y aquél tienen actitudes marcadamente diferentes frente a las materias difíciles. ***La actitud esforzada del que escucha bien le lleva a ampliar su horizonte intelectual y ampliar su capacidad de concentración.***

LECTURA TRES: LA TRISTEZA³³

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palos de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, todo ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero! —oye de pronto Yona—. ¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

³³ Chejov, Anton. 1885. La tristeza. Disponible en: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/rus/chejov/tristeza.htm>

—¡Ten cuidado! —grita otro cochero invisible, con cólera—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero! —dice el militar—. ¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti! —dice con tono irónico el militar—. Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

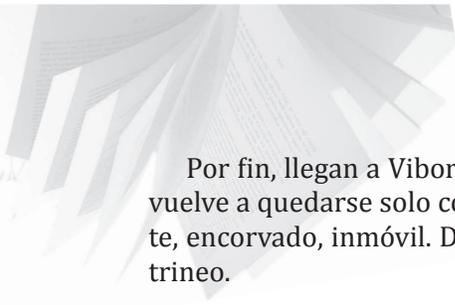
—¡A la derecha! —óyese de nuevo gritar furiosamente—. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver! —dice el militar—. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.





Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a estremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte copecs por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte copecs es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha! —le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor! —dice Yona con risa forzada—. Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza —dice uno de los jóvenes—.

—Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

—¡Eso no es verdad! —responde el otro— Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.— ¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio! —grita enojado el chepudo—. ¿Quieres ir más aprisa o no? Dale de firme al gandul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

—¡Todos nos hemos de morir!—contesta el chepudo—. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo —le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?—grita el chepudo—. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji! —ríe, sin ganas, Yona—. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado? —pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

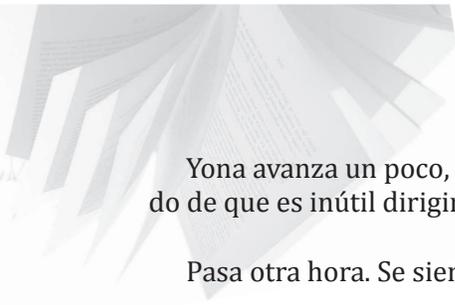
Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es? —le pregunta, melifluo.

—Van a dar las diez —contesta el otro—. Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.





Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más —murmura—. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto, tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso —piensa— se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber? —le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes? —le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido. Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándole todo.

Ejemplo de producto

INSTRUCTIVO

1. Relea de manera comprensiva los dos textos relacionados con la Escucha: “La Tristeza” (Anton Chéjov), “Lo importante del lenguaje para saber escuchar” (Arthur Robertson) y “Diez reglas del arte de escuchar” (Lyman K. Steil).

2. Aplique las recomendaciones para la lectura comprensiva vistas en las primeras unidades (subrayado, glosas, toma de notas, creación de códigos propios de lectura, resumen, mapas conceptuales, cuadros sinópticos...).

3. Lea el instructivo “Informe de lectura” que está en este módulo.

4. Realice un informe de lectura con base en los tres documentos, que no sobrepase tres páginas tamaño carta, con base en los siguientes lineamientos.

- Qué aspectos deberíamos tener en cuenta para cualificar nuestra habilidad comunicativa de la escucha.
- Por qué no escuchamos como lo deberíamos hacer.
- Ventajas y beneficios del saber escuchar bien, y por el contrario, consecuencias negativas que pueden sobrevenir si no sabemos escuchar bien.
- Relaciones temáticas de los textos.
- Aporte personal (comentarios que complementen y fijen una posición personal con base en los aspectos tratados por los textos).

5. El primer párrafo del informe debe ser de introducción, donde se plantee el texto, se contextualice y se presente el escrito. El segundo, tercer y cuarto párrafos deben incluir los resúmenes respectivos de los tres textos. Luego, en los párrafos de desarrollo, se abordan los puntos dados para hacer el informe. El último párrafo debe ser de conclusión (síntesis de lo tratado, donde se redondea el escrito).



<i>UCO- Programa de Psicología</i>	<i>A: Luis Erney Montoya Gallego</i>
<i>Técnicas de la Comunicación</i>	<i>Informe de lectura</i>
<i>2 de junio de 2010</i>	<i>Por: Diego Arvey Núñez Marín</i>

LA TRISTEZA DE NO SABER ESCUCHAR

El saber escuchar es una habilidad de gran importancia en la comunicación, ésta se requiere para alcanzar el éxito en la vida profesional y personal. Existen técnicas o reglas para aprender a escuchar, todo depende de cada uno ponerlas en práctica y entender que no siempre se tiene el control cuando se habla, y hoy día más que nunca es importante saber escuchar debido a la intolerancia y la cantidad de información que manejamos.

Conocer la importancia del lenguaje para saber escuchar y las diez reglas del arte de escuchar nos servirán para adquirir técnicas de mejoramiento de la escucha. Como estas habilidades no se han trabajado desde la niñez, al principio puede ser difícil e incluso podemos poner barreras inconscientemente, pero con esfuerzo, concentración, paciencia y discernimiento de la información realmente valiosa, y dejando de lado la inservible, nos iremos perfeccionando en el arte de escuchar.

El fin de adquirir estas técnicas y conocimientos en el ámbito universitario es aplicarlas en las demás materias y en la vida cotidiana para dar mejores rendimientos, ahorrar tiempo y tener mejores relaciones interpersonales.

Hemos hablado de la importancia de saber escuchar y las ventajas que esto nos puede traer, pero realmente no hemos dedicado tiempo ni dinero al hecho de entrenarnos en el arte de escuchar que, como toda arte, necesita dedicación y perfeccionamiento.

Muchas veces buscamos excusas para no escuchar que no son más que mecanismos de defensa. Cuando sabemos escuchar discernimos fácilmente la información, esto nos ayuda a ser imparciales frente a muchos temas evitando así ser arbitrarios con nosotros mismos o con los demás.

Es una idea equivocada creer que el que habla tiene el control y que escuchar equivale a no dominar la situación; cuando se escucha se puede observar en el que habla sus gestos y movimientos, y se puede llegar a muchas conclusiones de esa persona, tal como lo hacía Freud, gracias al buen manejo del lenguaje de la escucha.

Lo importante no es lo que se dice, sino lo que se comunica, un mensaje no recibido es un mensaje desperdiciado, suprimir el mensaje en la mente es el mecanismo preferido para hacer caso omiso de los sonidos no deseados.

A pesar de que el oído es un órgano muy pequeño, nos es dado en cantidad de dos, mientras la boca es sólo una, de lo que se puede definir que se debería escuchar el doble de lo que se habla.

Contamos con unas reglas que nos dan valiosos aportes para lograr aprender a escuchar, entre ellos encontramos que en una conversación, charla, conferencia o cualquier tipo de comunicación la esencia son las ideas, no los datos que nos validan estas ideas.

Es necesario cuando escuchamos alejar los prejuicios, sólo debemos escuchar atentamente al que habla, concentrándonos en escuchar el contenido del mensaje y no la forma de hablar, esto además nos ayuda a asimilar la información mejor y nos facilita la toma de notas.

Cuando escuchamos se debe tener la mente abierta e interesada, debemos captar la atención del que habla, así podemos aprovechar las cualidades de nuestro cerebro, el cual nos permite pensar cuatro veces más rápido de lo que hablamos, esto quiere decir que mientras escuchamos podemos ir mentalmente resumiendo, interpretando lógicamente las ideas, aprovechando productivamente esta diferencia de velocidad del pensamiento y el habla.

Ya antes se había mencionado que no sólo se escucha con los oídos, también nos hablan los gestos, movimientos y las actitudes, y el éxito de una buena escucha depende de escuchar activamente y con mente positiva. Cuando ponemos barreras ante un tema determinado, sea porque el interlocutor no se expresa bien, no nos gusta o es difícil, nos bloqueamos y desconcentramos. Si antes de comenzar cualquier conversación o de recibir cualquier información dejamos de lado esta predisposición se nos facilita la escucha y el entendimiento.

Muchas veces nos adelantamos a sacar conclusiones de lo que nos están diciendo y nos concentramos tanto en la idea que tenemos que no logramos comprender la esencia de lo que se nos habla. Cuando escuchamos no nos debemos dejar llevar de nuestras experiencias, vivencias o recuerdos, ya que esto nos forma otras ideas de lo escuchado, que con seguridad no van a ser las que se quieran transmitir en el momento.

No podemos pensar que la persona que tiene un buen nivel de escucha es más inteligente que la que no lo tiene, ya que todos tenemos las mismas capacidades, sólo que nos falta disciplina, ejercitación y actitud positiva para ampliar nuestros horizontes intelectuales.

En la lectura “La tristeza”, se observa cómo Yona en todas sus formas trata de expresar la gran tristeza que le ha causado la muerte de su hijo, pero no encuentra quien lo escuche. En el desarrollo de su trabajo encuentra algunas personas que le oyen parte de su historia, pero no se interesan en lo que le pasa, no escuchan sus gestos, su mirada triste, su dolor, pero sí se dejan llevar por prejuicios, tal vez por su apariencia y forma de expresarse no les interesa ir más allá.

Nos damos cuenta cómo en el mundo de hoy día cada quien está inmerso en sus vidas, en sus problemas, y no nos permitimos escuchar tantas cosas que nos grita la vida; este pobre hombre necesita desahogar su corazón y al no encontrar alguien humano con quien hacerlo, encuentra alivio contándole toda su historia a su caballo, que aunque no puede hablar, en ese momento parecía escucharle y darle consuelo con su actitud calmada y sus gestos.

Entonces podemos concluir que escuchamos la mayor parte de nuestras vidas, incluso escuchamos antes de nacer, desde el vientre, sólo que no nos hemos preocupado por perfeccionar este valioso arte que nos puede mejorar un sinnúmero de tareas que tenemos que hacer cotidianamente, haciéndonos más eficientes, productivos e incluso más humanos.



Pensemos en la gran importancia que tiene saber escuchar en un mundo que nos exige cada día más, donde la información que recibimos es tanta que muchas veces no logramos procesarla y por ello incumplimos o hacemos las cosas como no son, por el afán de dar respuesta y cumplimiento a todo. Si somos capaces de discernir la información y concentrar la atención en lo realmente importante estaremos más ubicados y enfocados en nuestras tareas diarias dando un mejor rendimiento.

En conclusión, la idea es perfeccionar nuestra escucha con estas reglas y este lenguaje de la comunicación, para aplicarlas en todas las materias que estamos viendo actualmente y que veremos en el transcurso de nuestra carrera y nuestro diario vivir.

Bibliografía

Chejov, Anton, 1885, “La tristeza”. Disponible en: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/rus/chejov/tristeza>. Consulta: 31 de mayo de 2010

Robertson, Arthur, 1990, “Lo importante del lenguaje para saber escuchar”, *en: Temas Gerenciales Escogidos: Saber escuchar*. Págs. 10-12.

Steil, Lyman K., “Diez reglas del arte de escuchar”. La información contenida en este artículo se basa en material elaborado por el autor, presidente de la División de Comunicación Oral, Departamento de Retórica, de la Universidad de Minnesota y asesor especial de Sperry. Sin más datos bibliográficos.

Producto: Ejercicio práctico



Instrucciones básicas



INSTRUCTIVO

1. Relee de manera comprensiva los dos textos relacionados con la escritura: “Escribir, un oficio de tenaces” de Lucy Mejía (que encontrarás a continuación), y “Sólo lo difícil es estimulante”, de Fernando Vásquez Rodríguez (que leíste en la anterior unidad y del cual ya debiste realizar un mapa conceptual).
2. Aplica las recomendaciones para la lectura comprensiva vistas en las primeras unidades (subrayado, glosas, toma de notas, creación de códigos propios de lectura; resumen, mapas conceptuales, cuadros sinópticos, etc.).
3. Lee el instructivo “Informe de lectura” que está en este módulo.
4. Realiza un informe de lectura con base en los dos documentos, que no sobrepase tres páginas tamaño carta, a partir de los siguientes lineamientos.

- ¿Por qué dicen ambos textos que la escritura es una tarea “difícil” y que por eso se convierte en un “oficio de tenaces”?
- Recomendaciones metodológicas y conceptuales para la escritura de textos (que dan ambas lecturas).
- ¿En qué consiste, en últimas, la inspiración (según ambas lecturas)?
- ¿Cuál es la conexión que debería existir entre la lectura y el dominio del lenguaje, según los dos textos?
- Aporte personal (comentarios que complementen y fijen una posición personal con base en los aspectos tratados por los textos).

5. Recuerde:

- Un informe de lectura no es contestar secamente unas preguntas. Es realizar un texto cohesionado que tiene como base unos puntos establecidos con anterioridad (los puntos anteriores).
- No es un resumen, pero se vale de él.
- Se debe hacer con nuestras propias palabras. Evitar copiar frases literales. Debe haber construcción, generalización y supresión.
- No necesariamente desarrolla los postulados dados para el informe de una manera secuencial. Usted podrá comenzar y terminar con el que desea.

6. Insistimos: los anteriores son sólo los puntos que guían el proceso de elaboración del informe de lectura. No es responder los interrogantes; es hacer un texto lógico y coherente (dividido por párrafos con sentido completo) en el que dé cuenta de los anteriores puntos. Tampoco es redactar el informe siguiendo linealmente el desarrollo de los interrogantes dados (usted debe ordenar el escrito, y para ello, comenzar con la pauta que cree más indicada y, en todo caso, relacionar los puntos de manera armónica y lógica).

7. El primer párrafo del informe debe ser de introducción, donde se plantea el texto, se contextualice y se presente el escrito. El segundo y tercer párrafos deben incluir los resúmenes respectivos de ambos textos. Luego, en los párrafos de desarrollo, se abordan los puntos dados para hacer el informe. El último párrafo debe ser de conclusión (síntesis de lo tratado, donde se redondea el escrito).

8. Recuerde que todo informe debe estar acompañado de los respectivos datos bibliográficos de los textos.

9. El tipo de informe de lectura que se pide para este caso es de carácter analítico e interpretativo, es decir, debe tener estructura argumentativa (no basta sólo con describir o exponer las temáticas). Por eso se necesita cierta dosis de **criterio** para su redacción. Este criterio lo da la profundidad con la que se lee el texto y la atención que haya puesto en la lectura.





ESCRIBIR... UN OFICIO DE “TENACES”³⁴

Escribir en épocas remotas era, según parece, un trabajo facilísimo. Cuestión de más o menos sed o de suerte con las mujeres, dirían unos cuantos, puesto que el agua y la mujer estaban asociadas al poder creador de la palabra. Si esto era así, el escritor se limitaba a ser un escribiente cuyo único oficio era copiar lo que “otras” le dictaban, y me refiero a otras porque el mismo Homero, a quien se le atribuyen La Ilíada y La Odisea, reconocía que en su caso particular, la inspiración tenía cuerpo de mujer, y explicaba además que para cada expresión del canto en general había una dama protectora. Por esta razón eran nueve las *musas*, que así era como se las llamaba.

Hijas de Zeus, padre de todos los dioses, y de Mnemosina, considerada la personificación de la memoria, habitaban ellas en fuentes o ríos consagrados a su culto y adonde poetas y adivinos concurrían con la seguridad de recibir con la bebida, el soplo inspirador que les permitía ser consagrados por sus famosas obras.

La expresión literaria se vio favorecida con la ayuda de siete de estas musas. A Clío le correspondía la historia; a Euterpe la poesía lírica; a Talía la comedia; a Melpómene la tragedia; a Erato la poesía erótica; a Polimnia el himno, y a Calíope la poesía épica. Las otras dos se dedicaban a la danza —la cual era inspirada por Terpsícore—, y la astronomía, por Urania. Las nueve eran regidas por el dios Apolo a quien, por atribuírsele el orden, el equilibrio y la belleza de las formas propias de la creación artística, se le consideraba también inspirador de músicos y poetas.

Hoy, la cuestión no es tan fácil como lo narran las leyendas, y aunque se siga atribuyendo a la inspiración un sexo femenino, esa mujer resulta, para muchos, esquiva y traicionera: exige tiempo, constancia y miramientos. No es cuestión de quedarse a la espera de que llegue y por arte de magia se resulte con temas, palabras y recursos que permitan ufanarse de ser versiones nuevas de Cervantes o posibles candidatos a un premio literario.

Redactar puede ser una tortura

Si escribir no es el fruto de un soplo, tampoco es el resultado de una orden, y es por eso que a veces y gracias a algunos profesores de Español, redactar se vuelve una tortura, pues basta que el profesor diga “redacten una composición no muy larga; puede ser de una página” para quedarse frío. Son 22 renglones, tan sólo eso, y sin embargo igual podrían ser 1.000 o 50. ¿Y ahora sobre qué escribo? ¿Cómo lo hago? ¿Y cómo dar gusto al “profe” que además nos dice ... que la letra sea legible, que cuidado con las comas, los puntos y las mayúsculas, que no olviden las márgenes y espacios, el aseo, el orden lógico y el título, ah, y que mucho ojo con ese “vil asesinato literario”, ese al que en el diccionario mencionan como “plagio”.

³⁴ Barrera A., Lucy. En: *El Colombiano* (dominical), Medellín, 25 de agosto de 1994.

Es el momento de la angustia, de mirar con envidia a aquel amigo al que con burla llaman “el poeta” por la facilidad que tiene para hilvanar historias y soltar, así como al descuido, una que otra frase de esas que nos parecen literarias. “El papel aguanta todo” nos decimos, por tanto no hay afán y cualquier cosa nos sirve. Pero inmediatamente se recuerda que lo que está escrito, escrito está, y por lo tanto puede ser tomado como un testimonio de cuanto somos y sabemos, y si además hay nota... entonces hay que hacer un esfuerzo y salir del recurso tan usado de escribir sobre por qué no nos gusta escribir o por qué es que me enfurece que pretendan que en clase de Español seamos todos escritores. ¡Qué difícil resulta escribir algo importante, hacerlo en una hora y además cumpliendo tantas normas!

Todos hemos padecido esta angustia de estar ante una hoja en blanco y tener que llenarla; todos sabemos del terror que producen las palabras: son tantas, tan nuestras, tan conocidas y sin embargo ¡tan difíciles de organizar! Por el susto y la cobardía que nos producen, se claudica sin dar respuesta a interrogantes como: ¿De dónde brotan la creatividad y la imaginación? ¿Cómo lograr que las palabras reproduzcan aquello que se piensa? ¿Ser escritor supone llevar una vida bohemia, difícil, atormentada?, y muchos otros que paralizan nuestra mente dejándola tan en blanco como la misma página.

¿Dónde está el tema?

Hay tanto de qué escribir y sin embargo en el momento preciso no se nos ocurre nada. Al leer a otros tal vez se encuentre que el tema resulta conocido: “Yo hubiera podido escribir sobre eso” nos decimos; y es que el tema, motivo o asunto literario está ahí, a nuestro alcance. Es cuestión de atreverse, pues nadie puede decir tranquilamente que si no escribe es por falta de “algo” en qué inspirarse.

El mundo en que vivimos nos proporciona innumerables fuentes de inspiración; basta con aguzar los sentidos, observar las criaturas racionales o irracionales, analizar los hechos cotidianos, o simplemente detallar el paisaje. En una palabra, es andar con espíritu de fotógrafo, atento siempre a registrar la realidad con ángulos y técnicas distintas. Y si el mundo exterior no nos inspira por lo común y cotidiano, con mirar hacia adentro es suficiente; auscultamos el alma, racionalizar nuestros propios sentimientos y así dejarles ver a otros aquello que se piensa, que se siente. El mundo de los otros es igualmente rico en experiencias y de él también podemos valernos. Sirve el leer cuanto caiga en nuestras manos, pues los libros, buenos o malos, siempre nos aportan ya que en ellos se encuentra registrada la presencia del hombre a lo largo de los tiempos. Y si leer no es suficiente, la referencia oral se puede igualar en importancia a cualquier elemento bibliográfico. En esta tradición está la memoria del pueblo, sus mitos, las leyendas y todo aquello que conforme su verdadera historia.

Sin lugar a dudas las leyendas y los cuentos infantiles han contribuido a que creamos que lo real carece de importancia y que el tema hay que buscarlo en otro mundo, aquel de ficción, de fantasía, en donde la vida se transforma de manera tal que apenas conserva un leve contacto con la realidad. Pensamos entonces que es en ese mundo fantástico, poblado de duendes, brujas, princesas encantadas, o más modernamente robots, seres extraterrestres y naves espaciales, donde se encuentra el verdadero motivo literario.



Por eso, a veces no se escribe, pues se está en constante búsqueda de aquello que creemos es “creación pura, producto de la nada”, pero sea cual fuere la fuente de inspiración —y aunque se recurre al tema más exótico y extraño—, es posible que pronto se descubra que no hay un tema inédito, intocado, y que lo realmente importante es el estilo, la forma particular de presentarlo.

Definitivamente es oficio de “tenaces”. Hay que ponerle corazón y esfuerzo. No es para tontos, perezosos, faltos de ensoñación o de entusiasmo; se necesita la pasión creadora que lo convierta en oficio vital, prolongación del yo y en la mejor manera de expresarse.

Bibliografía complementaria



- Alzate Yepes, Teresita, 2000, El diario de campo: instrumento en el trabajo educativo, En La Gaceta Didáctica (Medellín), No, 03, sept. 2000, pp. 11-13
- Calderón, Dora Inés, 2002, Sobre textos académicos, En: Enunciación (Bogotá), No, 06, dic. 2001 pp. 35-43
- Castaño García, Jorge Et. All, 2008, Evaluación en el aula: del control a la comprensión, Bogotá: Alcaldía de Bogotá
- Lugo González, Armando, 2007, Comprensión y producción de textos científicos, - 1, ed., Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas
- Ogle, Donna M, 2001, Como apoyar la participación activa en la lectura de textos expositivos, Lectura y vida: Revista Latinoamericana de Lectura, (Buenos Aires), Vol., 22, No, 04, dic., 2001, pp. 18-25
- Perelman, Flora, 2001, Textos argumentativos: su producción en el aula, En Lectura y vida: Revista Latinoamericana de Lectura, (Buenos Aires), Vol., 22, No, 02, jun., 2001, pp. 32-45
- Pérez Suarez, Juan Manuel, 2002, Guía para informes académicos, Medellín
- Vargas Franco, Alfonso, 2007, Escribir en la universidad: reflexiones y estrategias sobre el proceso de composición escrita de textos académicos, - 1, ed., Cali: Universidad del Valle